

SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Fiesta

(ciclo B)

Domingo infraoctava de Navidad

31 de diciembre de 2023



I. Notas exegéticas

Eclesiástico 3, 2-6. 12-14

El que teme al Señor honra a sus padres

El libro del Eclesiástico es un libro sapiencial, por tanto, contiene elementos esenciales de la experiencia de la vida humana, de la vida cotidiana. Es un libro que educa para la vida en los distintos ámbitos de la existencia humana: individual, familiar, social y cultural. En la lectura de hoy nos enseña cómo tendrá que ser el comportamiento de los hijos para con sus padres. El versículo que precede a este pasaje nos ubica en el contexto del libro, es el de un padre que trasmite la enseñanza a sus hijos: “Escuchen, hijos míos, a su padre, háganlo y se salvarán” (3,1).

En el contexto bíblico el verbo salvar significa poner algo en un lugar amplio y espacioso. Lo contrario sería la persona que cae en esclavitud o que se ubica en un lugar muy estrecho. El autor del libro, Ben Sira, entiende que la juventud puede correr el riesgo de permanecer en el egoísmo que nos caracteriza cuando somos niños. Por tal motivo, quiere que los jóvenes abran el corazón hacia los demás, que perciban las necesidades de las otras personas, concretamente las necesidades de sus padres. En concordancia con la ley, Ben Sira pide honrar al padre y a la madre en igualdad de condiciones (cf Ex 20,12; Dt 5,16). El verbo honrar tiene varias acepciones. En primer lugar, desde el ámbito cultural se enfatizaba sobre la honra y la vergüenza en una familia.

Tener hijos dóciles, que sigan las conductas de los padres, era motivo de felicidad y orgullo para los progenitores, y todo lo contrario era motivo de vergüenza. Por tanto, honrar significaba que los hijos crecieran en la obediencia y respeto a sus padres. En segundo lugar, honrar al padre y a la madre significaba asistirlos en caso de necesidad económica, no abandonarlos en ninguna circunstancia. En tercer lugar, honrar significa dar la debida importancia a sus padres dentro del ámbito familiar. Ellos, junto con las personas de la tercera edad, ocupaban un puesto preponderante en la familia, porque comunican las enseñanzas a partir de la experiencia de vida.

Por no honrar a padre y madre ocurren muchas divisiones y odios al interior de la familia. En este sentido, el profeta Malaquías dice que la misión de Elías cuando regrese será reconciliar el corazón de los padres con los hijos y el corazón de los hijos con los padres (Ml 4,6). Y eso se verifica en Juan el Bautista: “Irá delante del Señor, con el espíritu y el poder del profeta Elías, para reconciliar a los padres con los hijos” (Lc 1,17).

Ben Sira propone recompensas para los hijos que practican la caridad con sus padres: el perdón de los pecados, porque practicando la caridad se alejan de lo efímero, y por supuesto del pecado; acumulación de bienes delante de Dios, no sólo bienes materiales, sino todo los que significan la integralidad de la persona; a su vez los hijos cuando sean padres recibirán la honra de sus hijos, porque se ha transmitido la enseñanza y el ejemplo de generación en generación; la oración será escuchada por Dios, es decir, Dios está a favor del marginado y necesitado, por tanto, hay una identidad entre el pobre y Dios, como lo dijo Jesús para quien practique las obras de misericordia: “todo lo que hicisteis a *uno de estos* mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis” (Mt 25,40); finalmente, los hijos tendrán larga vida, signo de la bendición de Dios.

Salmo 127, 1-2. 3. 4-5

Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos

Este conocido cántico hace parte de los llamados salmos de las subidas, usados en un contexto litúrgico de peregrinación hacia Jerusalén. El salmo exalta la felicidad doméstica del justo. Esta felicidad no es una utopía, sino que está impregnada de realidades concretas: el trabajo cotidiano que da frutos, la relación con la esposa y los hijos, la comida alrededor de la mesa. La vida familiar es cantada por el salmista como una de las mayores riquezas del justo, inclusive más que la prosperidad económica.

Este tesoro viene expresado en términos de bendición del Señor y no simplemente como una conquista de la fuerza de voluntad o de la coherencia en las decisiones. Por encima del esfuerzo humano se pone la bendición del Señor sobre la vida familiar. El justo que sigue los caminos del Señor ve retribuida su fidelidad en la serenidad de la unidad familiar como bien superior, de donde puede obtener felicidad y paz.

Colosenses 3, 12-21

La vida de familia vivida en el Señor

En la segunda lectura, se invita a los cristianos a revestirse de una serie de actitudes esenciales para la vida comunitaria. El verbo “vestir” tiene una alta connotación porque es característico de los seres humanos, los animales no se visten. El vestido es la identidad externa de la persona y refleja todo lo que hay dentro de ella, sus distintas facetas. Por ejemplo, los uniformes propios de un determinado rol, el vestido cotidiano y los vestidos de gala, etc. El autor de la carta dice que con el bautismo el cristiano se ha revestido de Cristo, es decir, tiene una nueva identidad, propia de su ser, es una nueva creatura, y, por tanto, no puede vestirse como antes, con la ropa vieja, no puede volver a la condición previa, a su vida pasada. Todo lo que refiere el Apóstol en este pasaje está en función de la armonía entre los miembros de la comunidad cristiana.

Por otra parte, se concede la misma dignidad a los esposos; a las mujeres se les pide que se sometan a sus maridos y a los maridos que amen a sus esposas. Las mujeres se someten a los esposos por amor y los maridos cuando aman a sus esposas se entregan totalmente a ellas en el servicio (caridad). De este modo, se expresa la esencia del cristianismo que consiste en dar la vida, como lo hizo el Maestro, donar la vida por medio del servicio, pues Él no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida por todos (Mt 20,27-28).

Lucas 2, 22-40

El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría

En el evangelio, el relato de la presentación del Señor hace referencia a la consagración de los hijos al Señor, que los padres de familia hacían de acuerdo con la ley de Moisés. Es decir, los hijos

no pertenecen a los padres, sino a Dios. Por tanto, la misión de los padres no es solo dar alimento, vestido, educación, sino educarlos en la fe, que no es solamente enseñarles fórmulas de oración, sino ayudarles a descubrir su propia vocación ante Dios y ante el mundo presente. En este sentido, el ejemplo de vida es más fuerte que todas las teorías que se puedan transmitir.

Los padres de Jesús cumplen lo prescrito en la ley y ofrecen en rescate del Niño la ofrenda de los pobres, un par de tórtolas o dos pichones, mientras que los ricos ofrecían un cordero (Lv 5,7; 12,8). De este modo, Lucas enfatiza la pobreza de la familia de Nazaret.

Tanto Simeón como Ana representan al pueblo de Israel que acoge a Jesús y, por tanto, al Dios amor que se hace carne. Simeón es la figura del anciano que ha vivido en plenitud su vida, sin ningún remordimiento, ahora él contempla a la Luz que ilumina a todas las naciones, y puede irse en paz al lugar de los muertos, para contar allí a sus antepasados lo que sus ojos han contemplado. Simeón habla a María, figura de Israel, y le dice que su hijo será signo de contradicción. En efecto, no todo el pueblo acoge al Mesías, allí habrá división y espada por su causa, como dice Mateo, un poco en contradicción con lo propuesto por Malaquías acerca de Juan el Bautista: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra” (Mt 10,34).

Aparece también Ana, una mujer de 84 años (número simbólico: 7x12). Siete indica la perfección mientras que el número 12 representa al pueblo de Israel (12 tribus). Ana es la mujer, Israel, que acoge y entrega al mundo al esperado Mesías. Ana forma parte de la tribu de Aser, la más insignificante de las tribus, la última en recibir las bendiciones de Moisés (Dt 33,24), así Lucas enfatiza que los pobres son quienes están más dispuestos a acoger y a reconocer a Jesús como el Salvador del mundo. Ana permanecía en el templo, es decir, no se distraía en habladurías con las vecinas, ni tampoco corría detrás de ídolos, su vida estaba centrada en Dios. Por otra parte, se destaca el rol de los adultos mayores en la familia, y en la comunidad cristiana. Ellos son nuestros guías espirituales, que nos muestran e iluminan la fe con su ejemplo y su experiencia de vida.

II. Pistas homiléticas

- La Navidad es una fiesta de la familia y de la vida. Se celebra en la familia eclesial y en la familia humana y doméstica. Uno de los momentos más brillantes y especiales de nuestras celebraciones es el encuentro familiar.
- En estos días unos cuantos han podido preparar con esmero la cena de Nochebuena y también la del nuevo que esta noche del 31 comenzará, y otros muchos habrán podido compartir momentos significativos de encuentro. Lo importante no es lo que se come sino con quién, no es la manera y forma del encuentro, sino la carga de sentimientos y presencia espiritual. En estos días hay felicitaciones y llamadas a los miembros ausentes, hay recuerdos y añoranzas de los años que pasaron, tantas experiencias familiares, hay oración y tristeza por los que ya se fueron. ¡Si a lo largo de todo el año se cultivara tanto el interés por la familia como en estos días! ¡Si en las familias se valorara más la vida desde su concepción y se acogiera como un don del amor de Dios! ¡Si se enseñara más a las jóvenes generaciones a respetar y obedecer a los mayores, y sobre todo a los ancianos! Ésta es una oportunidad para reflexionar acerca del valor de la familia, para velar más por el cuidado de cada una de nuestras familias y de todos sus miembros. También para recordar y orar por las familias en conflicto o en situaciones extremas de necesidad y tristeza.
- El Mesías nació de mujer y vivió la mayor parte de su vida en un ambiente familiar. No tenemos noticias de lo que Jesús hizo de los doce años hasta que comenzó su ministerio público. De ello no hablan nada los evangelios. Solamente el sumario con el que Lucas concluye el evangelio de hoy. De sus 33 años aproximadamente de permanencia entre nosotros, treinta los vivió en el seno de su familia en Nazaret trabajando y ayudando a sus padres; con ello nos dio la lección más importante acerca del valor y la importancia que tiene y debe tener la familia para cada ser humano, después del amor a Dios.
- Jesús quiso tener una familia humana. Quiso ser enteramente humano, y nada más humano que la familia. La familia estaba herida por el pecado de los hombres y Jesús vino para curar y

salvar también a la familia. Jesús purificó la familia, elevó su ideal, la santificó y la transformó en sacramento de Dios. Jesús transformó la familia en fuente de gracia: amándose en familia, sus miembros se santifican mutuamente. Cada gesto de amor puede ser para ellos fuente de comunión espiritual. La familia humana redimida por Cristo es humanizadora, es escuela irremplazable de humanidad, ejemplo y estímulo para las relaciones sociales más amplias. Nuestras familias necesitan aprender mucho de la familia de Nazaret; es en las familias donde se forman los nuevos ciudadanos que forjarán la sociedad del futuro. La familia es también escuela de fe, donde se aprende a conocer y a amar a Dios y a los hermanos.

- La relación y los deberes de los hijos para con sus padres son un tema frecuente en el libro del Eclesiástico. En la primera lectura escuchamos unos fragmentos del capítulo tercero, en los que el autor hace un comentario sobre el cuarto mandamiento del decálogo (Ex 20,12) y subraya que este mandamiento atrae especiales bendiciones de Dios para quien lo cumple.
- Jesús es presentado en el templo por sus padres. Ellos saben bien que ese hijo no les pertenece, es de Dios y para Dios. Suben al templo a ofrecérselo, como mandaba la ley de Moisés. María sube al templo para su purificación. Simeón y Ana, representantes de la antigua alianza y también del pueblo judío, son testigos de cómo comienzan a cumplirse las promesas de Dios. Por eso, llenos de Espíritu, alaban a Dios y profetizan al encontrarse con aquel que será gloria de Israel y luz para los paganos.

III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos y hermanas, somos convocados por el Señor en este último día del año para celebrar la Eucaristía en la Fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. En el contexto de la Navidad celebramos que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso tener un padre y una madre. Participemos con devoción en esta celebración rogando por todas las familias de la tierra para que se conserven en la armonía y en la unidad. Iniciemos gozosos nuestra celebración.

Monición a las lecturas

La Palabra de hoy nos recuerda la igual dignidad tanto del padre como de la madre frente a los hijos y la promesa de la bendición a quienes los honran. El apóstol también trae consejos sobre la vida familiar con la práctica de una moral sencilla, advirtiendo que las relaciones interpersonales deben estar presididas por el amor. En el evangelio la Presentación del Niño en el Templo revela cómo el lugar más importante en la vida familiar lo ocupa Dios. Escuchemos.

Oración de fieles

Presidente

Hermanos, invoquemos ahora la intercesión de la Sagrada Familia y presentemos al Señor nuestras súplicas confiadas.

R/. Bendice, Señor, nuestras familias.

1. Para que la Iglesia de Dios, en su interior y en las relaciones con el mundo, se presente como una verdadera familia que sabe amar, perdonar y acoger a cada persona. Oremos.
2. Para que cuantos ejercen la autoridad en nuestros pueblos y naciones trabajen también por mantener la estructura de la familia querida y bendecida por Dios y defiendan sus derechos y sus libertades. Oremos.
3. Para que todas las familias cristianas inspiren a las demás familias la confianza en la providencia divina que ayuda a acoger y a promover el don de la vida. Oremos.
4. Para que los padres de familia, imitando a Santa María y a San José, asuman la misión de llevar adelante a sus hijos, educándolos sobre todo con el buen ejemplo de sus vidas. Oremos.
5. Para que todos los hijos e hijas de los hogares cristianos, a través del diálogo y de la obediencia sincera, ayuden a construir en sus hogares una comunidad que se edifica mutuamente en la exigencia del respeto y la gratitud. Oremos.
6. Para que nosotros y cada una de nuestras familias vivamos siempre en la paz y en la unidad, esforzándonos por ser gestores de una convivencia santa, inspirada en la sagrada familia. Oremos.

Presidente

Padre de bondad, escucha la plegaria que por intercesión de María y José te presentamos y concédenos la gracia de ser dignos y fieles hijos tuyos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

IV. Sugerencias litúrgicas

Oración por las familias



Gracias, Señor Jesús, porque has visitado a tu pueblo
y te has quedado entre nosotros.

Danos la sencillez de los pastores,
de las personas buenas para acogerte
y hacerte un sitio en cada familia y en cada corazón.

En este nuevo año que va a comenzar
queremos pedirte especialmente por nuestra familia.
Queremos que, en ella, siempre tengas un puesto privilegiado,
que tus gestos y tus palabras sean para nosotros
la estrella que nos guía en el camino de la vida.

Enséñanos a hacer de cada uno de nuestros hogares
el Belén del que salga paz y alegría, acogida y amor a todos.
Te recibimos para que te hagas partícipe de nuestras vidas,
de nuestras alegrías y esperanzas, de nuestras penas y luchas.

Te damos gracias por todos los beneficios
con los que continuamente bendices nuestras familias
y te suplicamos que derrames tus bendiciones
sobre todos los nuestros: ausentes, presentes, vivos y difuntos.

Te lo pedimos a ti, Señor Jesús,
por intercesión de nuestra madre María santísima y de San José,
maestros y modelos de vida, auxilio de la Iglesia,
de nuestras familias y de cada cristiano. Amén.